Lengua y sociedad en el *Refranero general ideológico español*

LUIS ALBERTO HERNANDO CUADRADO
Universidad Complutense de Madrid

Alentado por A. González de Amezúa en la tertulia previa a la sesión académica del último jueves de abril de 1947, Luis Martínez Kleiser emprende el 28 de mayo del mismo año la tarea de compilar el *Refranero general ideológico español*, que vería la luz por primera vez en 1953, en cuyo proceso, habiendo comenzado a trasladar a fichas los refranes coleccionados por Francisco Rodríguez Marín y Gonzalo de Correas, más tarde por iniciativa de Julio Casares se servirá también de los materiales de otros muchos folcloristas desde el Marqués de Santillana.

De la orientación recibida de Julio Casares, entonces Secretario Perpetuo de la Española, por quien siente gran admiración y afecto, nos da cuenta el mismo L. Martínez Kleiser con estas palabras: «Aparte de que su magnífico *Diccionario ideológico*[1] era, día por día, en dudas y titubeos, mi segura carta de marear, su dictamen hablado, indiscutible y luminoso, servía en mi arriesgado derrotero de faro, quitamiedo y lazarillo» (1993: XI).

Tomando precisamente como modelo la definición de refrán de J. Casares («frase completa e independiente, que en sentido directo o alegórico, y por lo general en forma sentenciosa y elíptica, expresa un pensamiento —hecho de experiencia, enseñanza, admonición, etc.—, a manera de juicio, en el que se relacionan por lo menos dos ideas» [1992: § 86]), Martínez Kleiser resalta el tesoro sentencioso y doctrinal de este tipo de unidades lingüísticas al afirmar que «son condensaciones de avisada experiencia; encierran una verdad o sientan una conclusión que pretende serlo; dogmatizan desde sus teoremas de filosofía popular»[2] (XIV-XV).

---

[1] El *Diccionario* de J. Casares (1942), norte y guía del *Refranero* de L. Martínez Kleiser, aunque se elabora en el contexto de los estudios de los campos semánticos iniciados por J. Trier en 1931, como el *Der deutsche Wortschatz nach Sachgruppen* de F. Dornseiff (1933), responde a una vieja aspiración del autor de crear, junto al diccionario tradicional meramente descodificador ordenado alfabéticamente, un diccionario moderno codificador «orgánico, viviente, sugeridor de imágenes y asociaciones, donde al conjuro de la idea se ofrezcan en tropel las voces, seguidas del utilísimo cortejo de sinónimos, analogías, antítesis y referencias» (1941: 118), tarea que la Real Academia Española, pese a la sugerencia de N. Álvarez de Cienfuegos, no había llegado a acometer (Hernando Cuadrado, 1995: § 4.9.7.).

[2] El carácter sentencioso o doctrinal suele ser una nota constante en las definiciones de refrán. M. de Cervantes pone en boca de don Quijote estas palabras: «Los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios; y el refrán que no viene a propósito antes es disparate que sentencia» (*Quijote*: II, 67). Definido en el *Diccionario de Autoridades* como un «dicho agudo y sentencioso que viene de unos y otros, y sirve para moralizar lo que se dice o escribe», en el *DRAE* se indica más concisamente que se trata de un «dicho agudo y sentencioso de uso común». J. Casares lo presenta en su *Diccionario* como un «dicho sentencioso de uso común». F. Rodríguez Marín, teniendo en cuenta las denominaciones recibidas antes del siglo XV, ofrece la siguiente explicación: «es un dicho (*dito, retraire*) popular (*a referendo*), sentencioso (*maschal*) y breve (*palabra, verbo*), de verdad comprobada (*proverbium, probatum verbum*), generalmente simbólico (*paraula, parábola*), y expuesto en forma poética (*viesso*), que contiene una regla de conducta (*adagio, ad agendum apta*) u otra cualquiera enseñanza (γνώμη)» (1926: XVIII-XIX). F. Díaz Padilla puntualiza que los refranes son «comodines de que dispone la lengua, susceptibles de ser empleados en las más diversas situaciones y de los que se desprende siempre una enseñanza para el interlocutor; pueden ser utilizados

El autor del *Refranero general ideológico español* sostiene que los refranes tienen un cuerpo y un alma, que constituyen, respectivamente, su forma y su fondo, y están forjados a imagen y semejanza de su creador, con las múltiples facetas de su complejo viviente, por lo que su estudio, lejos de constituir un pasatiempo baladí como algunos creen, supone un acercamiento al conocimiento del pueblo, de sus costumbres y pensamientos, plasmados en ellos a lo largo del tiempo con acierto, donosura y poder de convicción.

El cuerpo de los refranes, moldeado en los talleres de la espontaneidad y la llaneza, posee un ritmo[3] que facilita su retención en la memoria y un estilo que despierta interés y atractivo en la voluntad. Como dice Martínez Kleiser, «se vistió de galas retóricas tan ingenuas y sencillas como las corolas y los perfumes que nos deleitan en las flores silvestres; se presentó ante nosotros con rostros curtidos por el sol del campo y trajes domingueros de romería» (XVIII-XIX).

El refrán, «para resultar más enérgico, para convertirse en una saeta que se clave afilada y aguda en las memorias» (Martínez Kleiser: XIX), ha de ser breve[4], característica que se logra mediante la supresión de elementos léxicos y la exclusión de esquemas sintagmáticos excesivamente complejos, llegando a quedar sintetizado el pensamiento en ocasiones en dos palabras (*Aceituna, una*), en tres coincidentes en la forma de las cuales dos son el mismo sustantivo repetido que desempeña las funciones de sujeto e implemento respectivamente y la otra un verbo de la misma raíz (*Lima lima lima*) u homónimo (*Llama llama llama*) o en una descompuesta a continuación en dos con las que es definida (*Servil, ser vil*), sin dejar de producirse el fenómeno de la elipsis en los de mayor extensión: *De hora menguada y de gente que no tiene nada* [líbranos, Señor].

La segunda nota distintiva de los refranes viene dada por la rima[5], «los cascabeles con que procuran enjaezarse para ser oídos con agrado» (Martínez Kleiser: XIX). Para mantenerla, a veces incluso se quebrantan reglas gramaticales (*Ninguna cosa hay tan dura que el tiempo no la madura*; *De Pascua a San Andrés, tres semanas y días tres*), se introduce algún vocablo latino en sustitución del castellano correspondiente (*Trae para hoy y para «cras» y mañana irás por más*) o se altera y barbariza el nativo (*El tiempo cura al doliente, que no al «ungüente»*; *Por San «Gale», ara el monte y el valle*), se utiliza un consonante fácil en circunstancias análogas (*Cuando Moncayo tiene montera, llueve aunque Dios no quiera* [*Cuando Parapanda tiene montera...*; *Cuando a Roldán se le pone la montera...*]), o se construyen enunciados exclusivamente guiados por el deleite de la musiquilla (*Zon, zon, perejuelos son*) cuyo desbordamiento culmina en *Apaños, amaños, daños, engaños y desengaños, cosechas son que traen los años*.

El alma de los refranes no es menos rica en modalidades. El desenfado y libertad de un buen número de ellos en los que se deslizan ciertas licencias de lenguaje que se adentran por los ranchos de la grosería o traspasan los límites de la clerofobia, profanación u obscenidad hizo que su anónimo autor llegara a afirmar que *No todos los refranes son para escritos* o que *Hay refranes que no son para escritos, sino para dichos; y eso entre amigos*.

A veces, las no limadas crueldades de algunos refranes, como *Que coma quien tiene, y quien no, que bostece*, en que parece interpretarse una indiferencia despiadada en quien lo dice, ocultan en

---

para esta función cuando su adecuación a las circunstancias en que aparecen es la apropiada a su significado. Mediante ellos el hablante resume lo dicho, justificándolo con una cita que le confiere autoridad debido a su vigencia en el pueblo» (1985: 133).

[3] Junto a la rima, los refranes poseen un ritmo muy marcado que, como advierte F. Lázaro Carreter, «se ofrece como garante de su independencia tonal y de su vertebración interna» (1980: 225), en cuya percepción, dada la variedad de estructuras que puede presentar, lo verdaderamente importante, a juicio de S. Chatman, «es la impresión de proporción o equivalencia, no una exacta proporción o equivalencia» (1965: 22).

[4] Si la limitación en la extensión es una característica general del *lenguaje literal*, cuyas composiciones cuentan con un *cierre* y son reproducidas en sus propios términos, los refranes, destinados a perdurar en la memoria a lo largo del tiempo y a ser empleados como textos en el discurso, han de ser extraordinariamente breves, lo cual justifica la presencia en ellos de ciertos rasgos lingüísticos diferenciadores (Hernando Cuadrado, 1997).

[5] La rima, aconsonantada en unos casos, asonantada en otros, y en ambos con frecuencia ripiosa, según J. Calvo-Sotelo, «es el rodamiento a bolas de los refranes que, sin esos engranajes, recorren menor camino» (1993: VI).

realidad una reprobación contra quienes dieron lugar a su nacimiento con el egoísmo de su conducta.

En los refranes abundan las maldiciones (*Lo que no deseas te venga, sea tabardillo o viruela*), adivinanzas (*Un riñón y dos riñones, ¿habrá quien diga si son pares o nones?*), perogrulladas (*En Cantillana, el que madruga se levanta de mañana*) y comparaciones: *Es como alcaraván sesudo, que para los otros tiene consejos y para sí ninguno.*

En un grupo considerable de refranes se hace burla de las personas que poseen algún defecto físico o moral, como los tuertos (*Pedro, aún es muy de mañana, pues no habéis abierto más de una ventana*), deficientes mentales (*Merced os hizo Dios, Juan Lozano, en sacaros el seso y dejaros el casco sano*), desaprensivos (*Media vida es la candela... y no tener vergüenza la otra media*), presumidos (*Todo al hombre está sujeto —y tenía una pulga entre los dedos*), los que latinizan constantemente el castellano (*«Hico, heque, hoque», pan tostado con arrope*) o los que lo confunden todo: *Borracha está esta ladra; tres días ha que no perra.*

La propensión natural del pueblo a combatir el tedio le convierte en maestro de humorismo experto en disparar con fecundidad inagotable agudas saetas contra unos y otros (*El físico que bien cura, finado el paciente, le deja sin calentura*), de las que no se libraron en su momento los judíos al recordárseles el descanso sabatino (*Mariquita, ¿y en sábado ciernes? —¡Ay, Señor!, que pensé que era viernes*) ni los conversos hijos de Mahoma al lanzárseles vayas alusivas a la prohibición de las grasas, suprimida en su nuevo credo: *Por la señal de la canal, comí tocino, me supo mal.*

El contenido significativo de ciertos refranes se ve completado y vivificado algunas veces con ademanes e indicaciones mímicas: *Lo que me ha de dar «ansí», démelo «ansí»*, se dijo antaño, por ejemplo, acompañando a las palabras la acción de presentar la mano abierta, palma arriba primero y palma abajo después, o *No hable ésta, por donde pague ésta*, se aconsejó, asimismo, mientras se señalaba la boca y la cabeza sucesivamente.

Esta inclinación del pueblo a facilitar la comprensión de sus ideas recuerda las parábolas del Evangelio. Algunos refranes, como *La honra y el vidrio no tienen más que un golpecillo*, *Hasta las campanas tiemblan cuando dan* o *Cada uno tiene su alguacil*, son formas emblemáticas que vienen a evocar la imagen de una escena vivida cuyo paralelismo con un concepto facilita su comprensión y lo graba en la memoria.

Los refranes, al lado de su sentido recto, suelen tener otro figurado[6]. El enunciado *No se mate, que Dios le matará*, en que a simple vista parece percibirse una predicación contra el suicidio, envuelve, en realidad, un propósito oculto que reprueba la vagancia. Del mismo modo, *Caja que tuvo alcanfor, quédale el olor, Con aguas claras no crece el río* o *Quien bebe amargo, no escupe dulce* son afirmaciones de apariencia anodina cuya significación real, envuelta en una especie de niebla misteriosa, reclama la interpretación del oyente y le invita a la meditación.

La tendencia innata del pueblo a servirse de metáforas para condensar sus ideas le llevó a convertir en símbolos algunos nombres propios (*Remienda tu sayo, si no quieres ser Pelayo*) o a inventar nombres de pueblos y personas o utilizar los existentes (*Mejor sujeto es Maldonado que Biennegado*; *Los buenos de Villanueva son peores que los de Perojil*) con los que confeccionar muletas para sus cojeras de expresión y alegrar con amapolas el sembrado de su lenguaje.

Cuando se trata un tema opinable, surge la polémica, y así, mientras que en un refrán se indica que *Quien calla otorga*, en otro se responde que *Quien calla a lo que se pidió, dice que no.* Si en uno se afirma que *Una espiga no hace manojo* y en otro que *Una gota mengua la bota*, se debe a que, encerrando ambos recomendaciones de desprendimiento y ahorro, respectivamente, cohabitan

---

[6] J. M. Oliver, para quien los refranes son «frases hechas de carácter polisémico, cuyo sentido se concreta al relacionarlas con el contexto en que se inscriben» (1983: 5), afirma que un mismo refrán puede contener significados cuya diversidad dependa del hablante que lo emplee y del momento en que lo haga: «La base polisémica del refrán es de carácter abstracto; no se trata de que a cada uno de ellos le correspondan una serie de posibilidades significativas distintas y delimitadas, sino, por el contrario, de que poseen una única noción significativa inconcreta y vigorosa que se actualiza y llena de significación en cada contexto de forma diferente, de modo parecido a lo que ocurre con los ideogramas de la escritura oriental» (*ib.*: 5).

en armonía y se aplican en circunstancias diversas. Incluso a veces las aparentes contradicciones (*Mal para quien calla y peor para quien habla* y *Mal para quien habla y peor para quien calla*) tuvieron su origen en la dificultad de algunos hablantes para retenerlos en la memoria.

Ciertos refranes, podadas con el tiempo sus ramas al ser repetidos por muchas bocas, han conservando únicamente el tronco robusto de su idea fundamental. De esta manera, por ejemplo, de *Bien dijo el que dijo que corte o cortijo* nació *Corte o cortijo*, y de éste, a su vez, se formó la variante *O corte o cortijo, sabio el que lo dijo*. Del mismo modo, de otros, como *El buen paño en el arca se vende, mas el malo verse quiere*, sólo ha perdurado la primera parte.

También los hay que, por el contrario, amplían el texto por sedimentación, corrigiendo con frecuencia su primitiva significación. Así, al enunciado *A gran cabeza, gran talento* se le superpuso posteriormente *si es que lo tiene dentro*, con el que se reforzó su sentido y se le revistió de ironía; igualmente, a la afirmación de que *Por sólo querer no se hace mal*, paralela a la doctrina culta de que el pensamiento no delinque, se le puso más tarde el siguiente reparo: *pero el pensar es víspera del ejecutar*.

Tanto los refranes mutilados como los acrecidos pertenecen al tipo de los llamados por J. Casares *bimembres* (1992: § 86), que contienen dos afirmaciones paralelas mediante las cuales se ve reforzada su veracidad (los *plurimembres* pueden considerarse como bimembres amplificados, y los *unimembres* contienen tácito el miembro ausente, que suple el oyente).

Los que sirven de mero pasatiempo, aunque aplicables al comentario de hechos y conductas, suelen adoptar la forma dialogada (*Perrito, ¿quién te mordió? —Otro perro como yo*) o descriptiva (*Las abarcas del serrano duran un año; tres meses nuevas; tres rotas; tres compuestas, y tres en los pies*), llegando incluso a representarse a veces escenas de estilo novelado: *Pan no había; la madre rezaba y decía: «El pan nuestro de cada día...»; la hija suspiraba y sonreía*.

Si en estos refranes tan donosos, propios de quienes viven alejados de las graves preocupaciones y de los desgastes nerviosos producidos por la vida intensa, abundan, como se ve, las agudezas de observación, la justeza de la síntesis y la luminosidad del ingenio, se debe a que nunca falta gracejo en el patrimonio popular.

La originalidad y maestría con que se maneja ese gracejo se perciben constantemente, tanto cuando se trata de ensalzar la felicidad hogareña (*No hay mayor holgura que so el pino seco*) como de ponderar la cara compensación exigida por los regalos de los humildes (*El pollo del aldeano pía cien años*), indicar cómo calmar las incontinencias (*Una buchada de agua, el mayor fuego apaga*), desengañar a quienes erróneamente quieren conocerse a sí mismos (*Los ojos a todos ven y ellos no se ven*) o evitar tropiezos (*Quien abrojos siembra, descalzo no ande*), por ejemplo. Estas y otras mil donosuras abarcan todos los temas, desde los que bordean los campos de la filosofía y la moral hasta los más sencillos, que sólo enfocan problemas secundarios, como el que reza con miras gastronómicas *El pez ha de nadar tres veces; en agua, en vino y en aceite*.

Aunque hay refranes que tuvieron su origen en acontecimientos históricos (*Quien no vio a Sevilla, no vio maravilla*), moralejas de fábulas (*Si de ésta escapo y no muero, no más bodas en el cielo*) o cuentos populares (*A Zaragoza o al charco*), coplas (*Te casaste, te enterraste*[7]) u obras teatrales (*Julián, que «ties» madre*), la mayoría fueron deducciones ingeniosas de algún hablante que, repetidas una y otra vez en circunstancias análogas, se fueron incorporando poco a poco como frases hechas al lenguaje corriente para ser aplicadas, no sólo en su sentido recto inicial, sino en otro figurado, como aviso (*Cuando la alegría a la sala llega, el pesar va subiendo por la escalera*), observación (*Quien por semanas va contando, trece meses le encuentra al año*), lección de la experiencia (*Cayendo, se aprende a no caer*), fórmula de comportamiento e higiene (*Si quieres ser*

[7] Este refrán es el primer verso del cantar que continúa: *¿no te lo decía yo? / El que se casa se entierra, / como a mí me sucedió*. Del mismo modo, de algunos refranes han salido coplas; por ejemplo, sobre la base de *No hay luna como la de enero, ni amor como el primero*, se formó *No hay lunita más clara / que la de enero, / ni amores más queridos / que los primeros* (Frenk, 1961).

buen viejo, empieza pronto a serlo) o manifestación de fe: *Sube al cielo la oración, y baja de allí la bendición.*

En el grupo de los refranes artificiosos se encuentran algunos que podríamos denominar *de taller*, como *Tu puerta cerrarás; a tu vecino loarás; cuanto puedas no harás; cuanto sabes no dirás; cuanto ves no juzgarás; cuanto oyes no creerás, si quieres vivir en paz*, cuya estructura y contenido nos hacen pensar en la elaboración y hasta en la colaboración, teoría aplicable igualmente a los que encierran pensamientos paradójicos del tipo de *Mucha tierra es poca; poca tierra es mucha.*

Hay refranes que nos deleitan con ingeniosos juegos de palabras (*Lo que no pilla el pillo, lo pilla el payo*), revelando con frecuencia en su anónimo autor perspicaces conocimientos en el ámbito de la ortografía (*Labrador, ara y ora y espera tranquilo tu última hora*), gramática (*Más vale prevenir que ser prevenido*), lexicología (*Rabo y cola no son una misma cosa, el rabo es pelado y la cola pelosa*) y fonética auditiva: *«Don, din, don, din», dicen las campanas de San Martín; «din, dan, din, dan», responden las de San Julián; pero cuando muere un pobretón, ni din, ni dan, ni don.*

En otros refranes sus anónimos autores se muestran iniciados también en la física (*No se vio flotar el oro, ni la calabaza irse a fondo*), aritmética (*Guarismo eres y no más; según donde te pongas, así valdrás*), ciencias naturales (*Todo árbol es madera, pero el pino no es caoba*), astronomía (*Signo de Leo, signo de fuego*), geografía (*Soy tuerto y tundidor, y más de Córdoba, y nacido en el Potro, y pasé por Jerez, y estuve en Uclés, y tuve la pascua en Carmona, y ninguno me la hizo que no me la pagase con las setenas*), historia (*Cuando los Pedros están a una, mal para Álvaro de Luna*), derecho (*Tanto peca el que roba en la huerta, como el que queda en la puerta*), filosofía (*Ni con Demócrito risueño, ni con Heráclito severo*) o latín[8] (*Cada ollero su olla alaba* [< *Unusquisque cerdo sua opera laudat*]), idioma al que se hace referencia a veces en tono humorístico, positivo (*Quien conjuga y declina, sabe la lengua latina*) o negativo: *Relativo «quis vel qui», en hora mala viniste aquí.*

Siendo los refranes «esencias de pensamientos, pomos de experiencia, extractos condensados de sabiduría práctica» (Martínez Kleiser: XVI), contienen principios de filosofía cristiana (*Aquel es solamente libre, que al pecado no sirve*), encomian la extensión y la hondura de la ciencia (*Dos cosas no se pueden agotar, el saber y el agua del mar*), señalan las diferencias de la naturaleza humana (*De un mismo árbol, tizones y santos*), lamentan las pertinacias de los mal inclinados (*Si algo bueno hace la raposa, bórralo con la cola*), fustigan nuestras vanidades (*Humano, humo vano*), ponen al descubierto la ficción de las alabanzas (*La campana no suena si el badajo no la golpea*), aconsejan conocerse a sí mismo (*Cada uno se mida con su palmo, y así, ni el gigante es gigante ni el enano es enano*), estimulando tan provechoso estudio con la observación de que *Bien se ve el ciego que se mira por dentro.*

Se podrían citar millares de ejemplos más para probar la veracidad que atesoran los refranes. a cuyo puerto se llega, de acuerdo con la máxima *Cada día es discípulo del anterior*, por la ruta de la experiencia, que es, a su vez, el camino de la observación del desengaño y de la derrota diaria, por lo que se lamenta el pueblo de que *La experiencia es un maestro muy caro*, a pesar de lo cual no renuncia al estudio de sus enseñanzas: *Campo es el tiempo, y quien no lo siembra es necio.*

Los refranes, como los vinos, para enranciar su veracidad, necesitan añejarse en la bodega de la memoria. En ellos mismos se halla contenida la idea de que *No hay refrán viejo que no sea verdadero.* Así, bien se puede asegurar que *Todos los refranes trabajan* o que *Cuando suda la jarra, es que trabaja por enfriarte el agua.* Por tanto, no carece de fundamento el consejo de que *El que se viere solo y desfavorecido, aconséjese de los refranes antiguos.*

---

[8] En este sentido, L. Martínez Kleiser sostiene que los refranes, inventados y sancionados por el pueblo, son «verdaderos monumentos del idioma. Y hemos de aceptar sin sorpresa este resultado, después de considerar que pueblo no quiere decir plebe, ni ausencia de cultura, sino 'anonimato' consciente, saturado de una visión más o menos intuitiva de la realidad, que deduce reglas, destaca principios y señala leyes naturales, como resultado de la experiencia y de la observación. A la postre, en ese mismo texto aprendieron los doctos primarios» (XVII).

Sin embargo, L. Martínez Kleiser, teniendo en cuenta la opinión de F. Rodríguez Marín, advierte que no todos lo son, como lo demuestran los supersticiosos y una serie de fórmulas consagradas por el uso que, en realidad, no son refranes «porque nos ofrecen un cuerpo sin alma y viajan como polizones a bordo de los refraneros» (XIV).

Los refranes, habiendo constituido un fiel reflejo de la vida misma en su devenir a lo largo del tiempo con sus constantes, variables y hasta aparentes o reales contradicciones, manifestadas en forma de aserciones, prescripciones o prohibiciones, han tenido una vigencia que ha ido disminuyendo a medida que han ido cambiando las creencias y costumbres de la sociedad.

El *Refranero general ideológico español* de Martínez Kleiser, si bien es cierto que, como reconoce J. Calvo-Sotelo, no todos los refranes recogidos en él se encuentran en el lugar que les corresponde, que algunos por su contenido ambivalente deberían figurar en más de un sitio o que otros pudieran suprimirse por ofrecer el mismo texto con mínimas variantes que no afectan a su sentido, constituye, a juicio de este autor, «un arsenal al que deberán ir a buscar municiones cuantos, en el futuro, sientan interés por el mundo del refranero. Es un pivote esencial para su codificación, una especie de apeadero o punto de partida de los que no podrá prescindir ningún investigador el día de mañana» (VIII).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CALVO-SOTELO, J. (1993): «Prólogo a la segunda edición», en MARTÍNEZ KLEISER, L. (1993): V-VIII.

CASARES, J. (1941): *Nuevo concepto del diccionario de la lengua y otros problemas de lexicografía y gramática*. Madrid: Espasa Calpe.

---- (1992[3]): *Introducción a la lexicografía moderna*. Madrid: CSIC.

---- (1994[2]): *Diccionario ideológico de la lengua española*. Barcelona: Gustavo Gili.

CERVANTES SAAVEDRA, M. de (1987): *Don Quijote de la Mancha*. Edición crítica y comentario de V. Gaos. Madrid: Gredos.

CHATMAN, S. (1965): *A Theory of Meter*. La Haya: Mouton.

DÍAZ PADILLA, F. (1985): *El habla coloquial en el teatro de Antonio Gala*. Universidad de Oviedo.

FRENK, M. (1961): «Refranes cantados y cantares proverbializados», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XV: 155-168.

HERNANDO CUADRADO, L.A. (1995): *Introducción a la teoría y estructura del lenguaje*. Madrid: Verbum.

---- (1997): «Estilística del refrán», *Paremia*, 6: 327-332.

LÁZARO CARRETER, F. (1980): «La lengua de los refranes: ¿espontaneidad o artificio?», *Estudios de lingüística*. Barcelona: Ed. Crítica, 219-232.

MARTÍNEZ KLEISER, L. (1993[2]): *Refranero general ideológico español*. Madrid: Hernando.

OLIVER, J.M. (1983): *Refranero español*. Madrid: Sena.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1990): *Diccionario de Autoridades (1726-1739)*. Edición facsímil. Madrid: Gredos.

---- (1992[21]): *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.

RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1926): *Más de 21.000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección del maestro Gonzalo Correas*. Madrid: Tip. de la *RAByM*.